Laura la boticaria y Pedro el Sabio.

Juan Carlos Liñán Reyes

Image not found.

Capítulo 1

Recuerdo que salí de la casa hacia la parte de atrás, allí tenía un alambre atado entre dos árboles que me serviría para colgar la poca ropa que había lavado aquel día, a modo de tendedero.

No eran aún las 5 de la tarde, lo recuerdo porque a esa hora debía tener abierta la botica del pueblo cercano al que llegaba en bicicleta, Ojén, en Málaga. Por entonces era la única botica que había.

Mientras tendía, entre mi casa y el pequeño arroyo que había pendiente abajo, a unos noventa metros más o menos, pasaba Pedro, con paso firme y decidido.

Lo llamaban Pedro el Sabio porque últimamente parecía saber mucho más de lo que cabría esperar de un simple cabrero, hijo de cabreros que no había conocido más colegio que aquellas montañas y sus cabras.

Decía, por lo que me contaban en la botica, que hablaba con extraterrestres. Le contaban cosas que Pedro a su vez contaba en el pueblo.

Al principio nadie lo tomo en serio, evidentemente, hasta que algunas de aquellas cosas que contaba empezaron a confirmarse, como el 'rayo' que cayó en Siberia o el incendio que rodeó el pueblo y que él había contado que ocurría tiempo atrás porque así se lo habían dicho aquellos 'hombrecillos' en el bosque.

—Adiós, Laura, ya me voy —dijo al pasar a la altura de la casa, mirándome sereno, como lleno de paz y con cierta melancolía.

Siguió andando con aquel ritmo propio del que se había criado en las montañas, bajó hacia el arroyo entonces seco, como todos los veranos, lo cruzó y se adentró entre la maleza.

Fue la última vez que lo vimos por aquí, nunca más volvió, nunca nadie supo nada más de él, ni siquiera su mujer a la que tanto quería.

Ahora, 25 de mayo de 1932, a mis 78 años y después de 22 años de

aquel día, me pregunto si no sería verdad que se fue con ellos tal y como había dicho.

Su mujer murió hace poco, venía a mi casa de vez en cuando y tomábamos juntas unas pastas que ella misma hacia. A veces no podía contener las lágrimas recordando a su querido Pedro, un buen nombre, amable, cariñoso y noble que ayudaba a todos en todo cuanto podía. Ella estaba convencida de que él decía la verdad, pero nunca entendió que quisiera irse.

Ahora me iré yo, sé que no me queda mucho. Mientras mi luz se apaga, me imagino a Pedro en su nave, con sus amigos, viajando de estrella en estrella, cuidando de los planetas que encuentren a su paso, planetas como el nuestro. Eso es lo que decía, que aquellos pequeños seres cuidaban de que nada malo nos ocurriera.

Él estará con ellos, ocupado y vigilante ahí arriba, cuidadoso de nuestro bienestar, como hacía con su rebaño al que velaba con cariño, desde la distancia, sin hacerse notar.

Juan Carlos Liñán